HIGIENE PRIVADA

Según un sabio eminente
é higienista de renombre,
toda la higiene del hombre
se reduce á lo siguiente:

I

No te levantes temprano
en invierno... ni en verano.

II

Bebe cuando tengas sed;
come cuando tengas hambre;
duerme cuando tengas sueño,
¡y no debas nada á nadie!

CAPILLA

III

Abrígate interiormente
del invierno en los rigores,
y así no tendrás dolores
de costado... ni de frente.

IV

Si alguna mujer te atrapa,
puedes, si es joven y guapa,
hacer de tu capa un sayo...
¡mas nunca empeñes la capa
hasta el último de Mayo!

V

Anda en coche por la noche
desde Septiembre á Febrero;
pero no abuses del coche
si ha de costarte el dinero.

VI

Busca el fresco apetecido,
cuando aprieten los calores;
mas no salgas, atrevido,
de casa en paños menores,
porque eso lo han prohibido
todos los gobernadores.

VII

Sé vago de profesión
y vive siempre á tu modo,
sin ninguna ocupación...
(¡de estómago sobre todo!)

VIII

No te bañes en el mar...
si no te quieres mojar.

IX

Si, por tu dicha, rebosas
salud, y sientes calor,
báñate en agua de rosas,
que ese es el baño mejor.

CAPILLA ALFONSINA

X

Haz gimnasia, que es probado
que sus pulmones ensancha
todo el que la ha practicado.
Tén sólo mucho cuidado
de no hacer ninguna *plancha*.

XI

Busca salud y pesetas;
procúrate en tu comida
buen vino y buenas chuletas,
y déjate, por tu vida,
de menjurges y recetas.
Pues, á mi modo de ver,
las recetas más famosas
son hoy, lo mismo que ayer,
ilusiones engañosas,
livianas como el placer (1).

(1) Conste que digo estas cosas—sin intención de ofender.

PUNTUACIÓN

CONTESTACIÓN Á UNA CARTA

Señora: perdone usté
mi ruda descortesía,
como yo le perdoné
las faltas de ortografía
que en su epístola encontré.

—

¡Señora, usted me ha ofendido!
¿Por qué conmigo se enfada
y me insulta de corrido,
todo seguido, seguido,
sin punto, coma, ni nada?

—

Su falta de puntuación
yo no me atrevo á tachar;

CAPILLA ALFONSINA

que, en justa compensación,
tiene usted una intención
de un toro de Colmenar.

—

Dice usté que yo pequé
de *atrebido*, y me encocora
tamaño insulto, ¿está usté?
¡Soy *atrebido* con *b!*
¡Eso es muy *grabe*, señora!

—

¿Cuál ha sido mi pecado?
¡No turbe usted mi reposo!
¿Es quizás que he asegurado
que su marido es dichoso
desde que se ha divorciado?

—

Pues si esa la causa fué,
y eso, señora, es lo grave,
debo asegurar á usté
que todo el mundo lo sabe
lo mismo que yo lo sé.

—

¡Sólo un mes vivieron juntos!
Y ya que con malas artes
me habla usted de otros asuntos,
señora, vamos por partes.
Primeramente: *(Dos puntos)*.

—

Digo que, primeramente,
—no me ando con paliativos,—
su marido es muy decente,
y, en cambio, dice la gente
que usted... *(Puntos suspensivos)*.

—

No dudo de que se encuentre
sin su esposo en un edén.
¿Quién ha de dudarlo? ¿Quién?
Pero él, al dejarla *(entre paréntesis)*, ¡hizo bien!

—

Dicen que es rico, y no quiero
pensar en que por dinero
se casó usted. ¡Quiá! ¡Ni en broma!

Fué el amor; pero... (este pero
debe llevar *punto y coma)*.

—

Mas, ya que atrevido he sido,
contésteme usté al instante.
Sólo franqueza le pido.
Usted nunca le ha querido,
¿no es verdad? *(Interrogante)*.

—

¿Que es infame mi opinión?
¿Que usté ha querido á ese hombre
con todo su corazón?
Permita usted que me asombre,
¡oh, señora! *(Admiración)*.

—

Tráteme usted bien ó mal,
me consta que en este asunto
es usted la criminal...
Pero, en fin, hagamos punto,
es decir, *(punto final)*.

CAPILLA ALFONSINA

EPITAFIOS

I

«El pobre cesante Juan
descansa en este rincón;
el mundo, con necio afán,
por negarle siempre el pan,
no le ha dado pan-teón.»

II

«Aquí yace Luis Torrente,
hombre activo, de tal modo,
que por ser activo en todo
¡hasta murió de repente!»

III

«Descansa bajo esta losa
la que fué con sus virtudes
buena madre y fiel esposa.»

CAPILLA ALFONSINA

(Lo de madre no lo dudes;
lo de fiel... es otra cosa.)

IV

«El político Blas Pinos
duerme el sueño de la muerte.»
(No habléis aquí de destinos,
que es fácil que se despierte.)

V

«Aquí yace un diputado
que de emoción se murió,
porque al ser interpelado
se vió el pobre precisado
á contestar *si* ó *no*.»

VI

«Al morir de fiebre aguda
halló el banquero Cernuda
descanso á sus agonías.»
(Su desconsolada viuda...
se casó á los pocos días.)

VII

«Descansa aquí después de mil cogidas,
y casi todas ellas con fortuna,
el torero Pascual (alias) *Cienvidas*.
¡Siempre le acompañó la media luna!
¡Jamás la gloria le importó un ardite!
¡Era muy viejo y se murió en la *cuna*...
de un toro de Laffite!»

VIII

«¡Adiós, único bien que el alma adora!
¡Adiós, mi dulce amor! ¡Esposa mía!
¡Ay! ¡La parca traidora
me roba para siempre la alegría!...»
(Nota: El esposo, autor de esta elegía,
mató de una paliza á su señora.
¡Fíese usted ahora!...)

CAPILLA ALFONSINA

LA TERTULIA CURSI

En la coronada villa,
calle del Humilladero,
número ochenta, tercero,
con honores de guardilla,
vive doña Blasa Ortiz,
señora muy campechana,
muy gorda, muy charlatana,
muy pobre y muy infeliz;
viuda de un tal don Silverio
Trigueras, que fué empleado
en no sé qué negociado
de no sé qué Ministerio.
Lo cierto y seguro es
que, por ir sin capa un día,
se murió de pulmonía
el año sesenta y tres,
dejando el pobre Trigueras,
—como recuerdo sin duda,—
varias deudas, una viuda
y tres niñas casaderas.

Tres que, si fueran bonitas,
hallaran colocación;
pero, por desgracia, son
muy feas las pobrecitas.
Y en vano para casarlas
doña Blasa corre y suda;
no encuentra la pobre viuda
el modo de colocarlas.
—¡Esto no ha de ser eterno!
(dijo la madre hace días);
es necesario, hijas mías,
pensar en que entra el invierno;
que si aquí solas estamos
cosiendo á todo coser,
ninguno puede saber
lo que todas deseamos.
Por consiguiente, decido
hacer lo que *Cachupín*,
á ver si al cabo y al fin
se presenta algún partido.
Y aunque nos cueste un derroche
de este invierno ya no pasa:
nos quedaremos en casa
los domingos por la noche.

—

Hicieron la invitación,
llegó el día señalado,
y ni uno solo ha faltado
á tan grata reunión.
Nadie, por lo atenta, vale
lo que esta pobre mamá,
que anda de acá para allá,
y habla, y corre, y entra, y sale.

—

Componen el mobiliario
de la diminuta sala:
un reloj que no señala,
una cómoda, un armario,
dos marquesitas *tronadas*
(que así las puso el abuso);
cuatro sillas en buen uso
y siete perniquebradas;
un sofá (¡que Dios sabrá
los muelles que tiene dentro!)
y un velador en el centro
(del salón, no del sofá.)
Hay en una rinconera
un acerico muy mono,
un busto de Pío nono
y varias frutas de cera.

CAPILLA

La cuestión del alumbrado
está á cargo de un quinqué,
con un tubo que no sé
si es que está roto ó manchado.
Y tiene, en fin, doña Blasa
en la sala en que se engríe,
una estera que se ríe
de la dueña de la casa.

—

La gente, á decir verdad,
por lo que yo he conocido,
es de lo más distinguido
de toda la vecindad.
Una señora muy flaca
con una niña muy seca,
y otra como una manteca,
que va en busca de casaca.
Dos jóvenes delineantes
que buscan colocación;
un músico de afición
y cinco ó seis estudiantes.
Una señora muy fina
que dicen que tiene estanco;
un sastre del sotabanco;
dos horteras de la esquina;

CAPILLA ALFONSINA

un señor que es oficial
cuarto ó quinto de Fomento,
y un cura de regimiento
que vive en el principal.

—

Nada olvidó doña Blasa,
—que ella no falta á la moda,—
y para obsequiar á toda
la gente que honra su casa,
ha dispuesto con primor,
—dándose á sí propia brillo,—
en el obscuro pasillo
el *buffet* que es de rigor.
Buffet del que dan señales
una bandeja muy vieja,
y encima de la bandeja
cuatro copas desiguales.
Y á falta de buen Champaña
encuentra la reunión
agua pura á discreción
en un botijo de Ocaña.

—

—Pero, señores, ¿qué es esto?
(dice doña Blasa) ¿estamos
en misa? ¡Qué! ¿no bailamos?
—¿Usted también?
—¡Por supuesto!

Vamos, pollos, ¿qué les pasa?
Niñas, quitad esa mesa.
¡Jesús, y cuánto me pesa
no tener piano en casa!
Pero, no importa, ¡qué diablo!
¡se tararea, y en paz!
¡Vamos! ¡si yo soy capaz!...
¡Sepárese usted, don Pablo!
—¡Señora!
—¡No quiero riñas!
¿Sabe usted lo que le digo?
—¿Qué?
—Que cante usted conmigo,
para que bailen las niñas.
—¡Si no se puede, mamá!
—¿Que no se puede? ¿Por qué?
—¡Pues no lo está viendo usté!
Esto es muy pequeño.
—¡Ya!
Pues entonces jugaremos
á juegos de prendas. ¡Sí!
¡Déjenme ustedes á mí
que proponga! A ver... ¡Pensemos!
¡Mi memoria es tan infiel!
¡Por Dios! no arrimen ustedes
las sillas á las paredes,
que se estropea el papel.
Conque, ¿qué hacemos al fin?

¡Jesús! ¡Ahora que reparo!
¡pues si está aquí don Genaro!
¡Toque usted el violín!
—No lo he traído.
—¿Qué escucho?
¡Vaya usted por él ahora!
—¡Vivo muy lejos, señora!
—¡Caramba! ¡lo siento mucho!
¡De veras que lo lamento!
¿Quién con música se aburre?
Pero, hombre, ¿á quién se le ocurre
venir sin el instrumento?
¡Pensemos en otra cosa!
¡no hemos de estarnos así!
¡Pues si no fuera por mí!
¡Ay! ¡qué juventud tan sosa!
¡No inventan nada! ¡Es chocante!
¿Qué es eso? ¿Han llamado? ¡Voy!...
Al punto de vuelta estoy.
¡Si es don Frasquito! ¡Adelante!

—

(El don Frasquito presente
es un señor malagueño,
muy rechoncho, muy pequeño,
muy feo y muy ocurrente.)

—

CAPILLA

—¡Pase usté aquí! ¡En qué ocasión
tan oportuna ha llegado!
¡Es el hombre más salado!
¡Ya tenemos diversión!
¡Aquí! tome usted asiento.
Niñas, señores, ¡chitito!
¡Vamos, señor don Frasquito!
cuéntenos usted un cuento.
—Señora, ¡si yo no sé!...
—¡El que usted quiera!
—¡Si yo!,..
—No me diga usted que no,
porque me incomodaré;
ocupe usted esa silla.
¡Mucho silencio un momento!
—Pué señó, contaré er cuento
de un sordao de Sevilla.
—¡Ese mismo, sí, señor!
¡Venga el cuento del soldado!
Estando este hombre á mi lado
no comprendo el mal humor.
—Pué señó, ¡vamos allá!
Er sordao de mi cuento...
—¡Aguarde usted un momento!
usted me dispensará.
Luego seguirá contando.
Niña.
—Mamá, mande usté.

—Quítale luz al quinqué,
que ese tubo se está ahumando.
Prosiga usted, don Frasquito.
—Pué señó, que ocurrió un día
que mi sordao tenía...
—¡Espere usted un poquito!
Se me ha figurado oler
que se quema el estofado.
¡La chica se habrá olvidado!...
Con permiso, voy á ver...
¡Estoy de vuelta al momento!
¡Aguarde usted, don Frasquito!
.....
¡Lo que me olía era el frito!
¡Vamos! siga usted el cuento.
—Pué señó, que er caso fué
que mi sordao...
—¿Han llamado?
¡Sí, sí, no me he equivocado!
¿Quién será? ¡perdone usté!
¡Si son las de Zaragata!
¡Vengan ustedes acá!
¿Cómo queda la mamá?
¿Por qué no viene la ingrata?
¿Sigue peor del flemón?
¿Se ha quedado en casa sola?
¿Qué tal, Rita? ¿Qué tal, Lola?
¿Qué tal, Luis? ¿Qué tal, Ramón?

CAPILLA ALFONSINA

¿En dónde está el otro hermano?
¿Se ha sabido de Mercedes?
¿Por qué no han venido ustedes
un poquito más temprano?

. . . . . .

(Sigue la buena señora
con mil preguntas como estas,
y en preguntas y respuestas
se pasa más de una hora.)

. . . . . .

—¡Oigamos con interés
al andaluz más salado!
¡Siga el cuento del soldado!
—¡Pué, señó, que er caso es
que mi general...
—¡Frasquito!
¡O ese es otro, ó no lo entiendo!
¿No ha empezado usted diciendo
que era un soldado?
—¡Er mesmito!
¡Era un sordao, si tal!
pero dende que he empesao
este cuento, ¡mi sordao
ha ascendío á general!

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U.

LO DE SIEMPRE

Un padre de familia, pobre empleado,
en no recuerdo ahora qué negociado,
cuando ocurrió la crísis hace unos días
y todo el mundo hablaba de cesantías,
temiendo el pobrecito quedar cesante
esta carta al Ministro mandó al instante.

—

«Señor: Yo soy un hombre que no se mete
á discutir los cambios de Gabinete.
¡Nunca he tenido ideas, ni mucho menos!
para mí los Ministros todos son buenos.
¿Yo hablar de ciertas cosas? ¡Qué desatino!
Me ocupo solamente de mi destino.
Encuentro en el trabajo dicha completa,
y no leo más diarios que la *Gaceta*.
Para ir á la oficina soy el primero
y no salgo temprano porque no quiero.